

falda abajo pende testicular el racimo de ámbar
y gotea, en la lengua, el semen del dios griego.

Irrumpen en el templo los leopardos,
sus afilados lápices-colmillos
beben la sangre humeante de los cálices:

- Un leopardo: ¿qué opina usted
de las pirámides de Teotihuacan?
- Nada, como puede ver, soy ciego
- ¿Y del ganador del Premio Nobel?
- Debe ser bueno. La Academia
nunca se equivoca.

El paraíso recobrado: gruesa la mar,
el viento abomba (pecho en tonel) la quilla
de los barcos bailoteando en la rada.

Ciego Homero

Ciego Milton

Ciego Borges

¿Quién puede en el espejo de la luna
devolvernos la seca luz de mármol
que se cayó en un pozo?

Piel de relámpago

inaudible esperando una lluvia de hojas
en la vereda del verano...

Revienta en la cercana whisquería
un aguacero de viruelas de vidrio:
y al fuelle de un pulmón
se enloda el lupanar del tango.

De la primera herencia

IV

DE LA PRIMERA HERENCIA

Hay algo más bajo esta piel húmeda
de luchador infatigable,
no sólo el buey que hace rodar
la molleja de piedra
como un ojo sin luz, girasolado;
no sólo el dolor maduro de las lágrimas
y la gota de sangre que va formando coágulos;
no sólo esta palabra sucia
que chilla como rata,
que jadea, que grita,
que hueve, que se ahoga,
que pare, que se arrastra,
que duerme en el quicio de la boca,
que se deshace en llanto
y que se pudre a pausas.

No sólo el verso cotidiano
hecho de pan de piedra,
de la solemne espiga del espanto.

No sólo el exilio amargo
del hueco de tus manos
sobre la huella intacta
del tacto de mis manos.
Hay algo más...

falda abajo pende testicular el racimo de ámbar
y gotas, en la lengua, el semen del dios griego.

VI

DE LA PRIMERA HERENCIA

beben la sangre humeante de los calices:

- Un leopardo: ¿opina usted
de las pirámides de Teotihuacan?
- Nada, como puede ver, soy ciego
- Y del ganador del Premio Nobel?
- Debe ser bueno. La Academia
nunca se equivoca.

El paraíso recobrado: gruesa la mar,
el viento abomba (pecho en tonel) la quilla
de los barcos bafoteando en la rada.

Ciego Homero
Ciego Milton
Ciego Borges

¿Quién pueda en el espejo de la luna
devolvemos la seca luz de mármol
que se cayó en un pozo?

Piel de relámpago
maudite esperando una lluvia de hojas
en la vovida del verano...

Revierta la cercana whiskería
un agujero de vidrietas de vidrio
y al hueco de un pulmón
se colata el lupanar del tango.

De la primera herencia

DE LA PRIMERA HERENCIA

HAY ALGO MÁS bajo esta piel húmeda
de luchador infatigable,
no sólo el buey que hace rodar
la molleja de piedra
como un ojo sin luz, girasolado;
no sólo el dolor maduro de las lágrimas
y la gota de sangre que va formando coágulos;
no sólo esta palabra sucia
que chillaba como rata,
que jadea, que grita,
que huye, que se ahoga,
que pare, que se arrastra,
que duerme en el quicio de la boca,
que se deshace en llanto
y que se pudre a pausas.

No sólo el verso cotidiano
hecho de pan de piedra,
de la solemne espiga del espanto.

No sólo el exilio amargo
del hueco de tus manos
sobre la huella intacta
del tacto de mis manos.
Hay algo más...

Hay la palabra amor
y la palabra hermano,
dichas como un arte de hielo
en la primera flor del Himalaya,
hay mi conciencia prehistórica
en el conejo de la luna
y en el sol de arena;
hay los viejos conductores de búfalos
midiendo en las pezuñas
el ritmo de la estepa.

Hay la ballena azul
y el ojo sin pupila de la estrella;
hay los hombres de paja que se incendian
y el sexo de Keops sobre la tierra;
hay el colmillo blanco y pulido
sobre el durazno de la carne fresca;
hay la raíz del árbol sin nombre
entre los himnos rotos de la sierra;
hay el incesto de Cambisis en la tragedia persa.
Hay (antes que las primeras aguas bautismales)
un Jordán anterior de nieve negra.

Hay algo más que el círculo de sangre
que me sitia los muros de las venas;
hay el tigre paseando entre la hierba
de la llanura bíblica,
como el primer camino del planeta.

EL ÁRBOL DE LA SANGRE

PERO SI ES este cuerpo
el que sabe del golpe secreto de la sangre,
de la invisible lima que pule
los oleajes del llanto,
del agua interior que no germina
y se acumula y revienta por dos poros de luz
para buscar la tierra.

Si es esta frontera combatida por un aire
volcado de miradas la que sabe
de las conspiraciones íntimas,
que no florecen por temor al día
y se pudren en el silencio
de la carne estancada.
Si es el que recibe
el discriminado polen del sol
que agoniza en los museos,
donde no se canta la alegría
de los mil bosques prisioneros
en la fecundidad de una bellota,
donde sólo viven los trinos disecados
de pájaros que fueron
en un invierno destruido
y la memoria de los caracoles
en el vaho del alba.

Este alojamiento
de las cuatro paredes de algún mundo,
para vaciarse sobre el campo,
en el tumulto de los árboles juntos;

para llegar al centro aromático
de los estambres
e ingresar en el hueco
de las casas demasiado solemnes
y llenarlas de risa;
para que se lo disputen
las uñas del diamante,
las viñas del zafiro
en la oscuridad azul de las montañas;
para que lo repartan,
dorada residencia de la espiga,
raíz multiplicada
en la guarida de la roca,
pan cazabe y yerba de corazón
sobre la mesa
de las familias proletarias;
tela esencial y madre del vinagre,
hacha de bronce,
panal de luz y puerta
que da hacia el infinito donde habita
el hambre primordial.

No mi desesperada, no tu desesperada ausencia,
la falta de nosotros que llevamos
los clavos de la noche inmóvil
brillando sobre el pecho.

Pero si es este cuerpo el que acorrala
la herencia de la piedra,
la mordida obsidiana,
el color amarillo de los muertos
y el orín de las lanzas expuestas

a la lluvia pequeña del verano;
esta muralla en la que se quedó detenido
el grito de todos mis abuelos:
el navegante con su espuma de mar
entre los dientes (más allá del Cantábrico)
el de la piel sitiada por los nuevos
relámpagos del hierro,
el de la mano hermética
sobre la desnudez de las estatuas
y la línea delgada de los ojos:
la cicatriz del miedo.

El leñador de las tardes cantando.
Canta. Himnos extraños. La caverna del lince.
Cantar. La muerte interior de los duraznos.

Y el loco — ¡el viejo loco! — que repartía
en el incendio de los besos
las cabinas violentas de la aurora,
y se fue desangrando por la boca...

AUSENCIA TOTAL

¡VEN!, baja conmigo
a tocar el recuerdo de las piedras,
a despertar al polvo.
Baja conmigo por el resumidero
de las cruces mancadas
a la raíz del dolor:

el tuyo,
el mío,
el nuestro;
a la raíz del grito,
a la dura semilla del misterio
— idéntica a sí misma —
y sobre el exacto equilibrio
de los huesos.

El llanto tiene todo su origen en la tierra
y crece hasta los ojos:
agua ancha de sal que va cayendo
hasta la sangre — ¿desde cuándo? —
¡qué se yo desde cuándo!

Toma del hueco de mis manos
agua del río vertical,
y siente en la garganta,
sobre el pecho,
este hondo naufragio de silencio:
 aspa de piedra,
 remo de piedra,
los ángeles a nado
y en la voz, la múltiple agonía
— eterna —
de tragarse a los muertos.

ESTANCIA DEFINITIVA

para Ángel Carvajal Moreno, vivo en el poema

POR TI QUE descansaste suavemente la cabeza
sobre el límite de la piedra morada
y mordiste la nube de alcanfores podridos,
para jugar vencidas con el viento
a la orilla del agua venenosa de lavar escorpiones;
por tí, simplificado cuchillo entre los dientes,
agazapada pantera en los rincones del pulso
que no frenó su hedor de piel electrizada;
por tí escribo estas palabras quemándose
en hospitales de nieve.

Me duele tu sonrisa y lo que hablamos,
la cervecería vienesa y nuestros discos,
Bola de Nieve y Mozart, Beny Moré y Beethoven,
la articulación inmóvil de tu codo
y el traje a rayas que no pudo decir su última palabra.

A igual distancia permanecemos del corazón
y nos precedían horizontes de cigüeñas gemelas,
pero tú seguiste creciendo bajo las inundaciones de polvo
con el pelo revuelto de cruces y secos escapularios,
te hiciste niño antiguo
y colgaste las ropas mojadas en las paredes del templo.
¡Qué manera de adelgazar la sangre en fronteras
musicales hipnotizadas de velocidad y miedo!

Fue necesario no despedirse después de haber paseado
la amistad como buenos jinetes, con los muslos

sorprendidos de amor. Te vimos partir solo
sin presentimientos de flores verdes ni sienes golpeadas
de misterio; no había crines de viaje en tu valija
de dos mundos y tenías la baraja sin cortar,
firme sobre la mano del estreno.

Hubiera querido amarrar con mis venas
tus fémures ardiendo
y reclinarte en el brazo de Dios,
junto a la orquídea tumefacta
y a los fragantes trinos del violín enlutado,
por no sentir tu sangre golpeada y repartida
sobre los ataúdes de la noche.

La muerte aovó frenéticas moscas de alas pálidas
en el embudo sordo de la oreja y en la raíz del grito.

Si regresara el tiempo con su rueda de herrumbres
a cubrir con sábanas del Canadá y con latines
tus juegos de adolescente vigoroso,
lloraríamos hasta gastar la túnica del viento
y carcomer de besos los pies de las estatuas.

Hay mucho olvido en la neblina y, sin embargo,
todos los inviernos tienen sabor de naufragios inminentes,
como un avión o una paloma que no regresan nunca
o como una lágrima o una hélice voladas rumbo al cielo;
por eso es necesario, a veces,
llamar las cosas por su nombre
para no perder la costumbre de secarnos el llanto
con las alas abiertas del pañuelo.

CANCIÓN INUSITADA

ESCUCHA,
quiero tenderme contigo sobre la hierba fresca,
vamos a cantar la gloria de tu cuerpo desnudo
y de mi cuerpo,
piernas hechas para la espuma del mar,
labios cargados de resina.
¡Canta!, hay trigo azul sobre tu sexo,
es el aire maduro un aliento de bosque en tus pulmones,
y en tus senos, temblando,
(valles donde medita la luna del instinto)
la arquitectura toda de la tierra.

El día va creciendo en la cabeza del maíz:
polvo esencial; mi carne sabe dulce
porque en ella sembraste el grano de tu risa amarilla,
hoy te reintegro el esqueleto de plata
—ajedrez mineral— ya no me sirve;
estoy formándome en el vientre de todos,
aquí y ahora, en cada parto, en cada ilusión
y en cada paloma de metal al fuego.

Nazco con el obrero de manos de concreto,
con el viejo decorador de mástiles
que se fuma su pipa de aserrín en el ocaso,
y mucho más...
En el hombre del muelle que sabe a humo y a ginebra,
en Asia,
en África,
en América.

Cada hembra da a luz una palabra, yo soy el alfabeto;
porque toda la sangre, toda, habla el mismo lenguaje.

Sobre la alfombra verde de los campos
un alfiler de hierro clavó una mariposa.
¿Qué no saben acaso los que juegan con pólvora
que hay algo todavía más, mucho más importante?

Este poema, por ejemplo, que nació transparente
para llevar al corazón su vocación de lágrima;
el alma de los negros afilando sus dientes en las cañas
y los mongoles, tallando en el marfil la perfección del ocio;
la mujer sin color porque los tiene todos:
(la latitud es siempre igual en la naranja)
Desde el manguante móvil de la cuna el sexo se estiliza
y el viento demócrata que llega sin distinción de razas.

¡Empuña el abanico!
—cola de pavo real—
tienes la libertad entre las manos.

Mi impulso lleva al fin la pretensión de mover al universo;
uso la libertad del algodón,
la libertad del vino,
la libertad de la madera.
¿Qué no te has dado cuenta?
Tiene más importancia una palabra
que el cosmos de un planeta.

¡Una sola palabra!

Escucha,
todo esto lo he dicho para explicarte
que quiero tenderme contigo sobre la hierba fresca.
¡Toca!, el poema es tan sólo la envoltura,
detrás de ella un cuerpo tibio de sol se ofrece a tu caricia:
canción inusitada.

Palpa mis cabellos,
mis hombros,
mis muslos
y mis brazos,
no hay muertos en mis ojos,
he arrancado todas las cruces que había entre nosotros,
la última traía colgada en la raíz la cinta de un zapato.
¿La historia de los hombres?
He borrado los signos de las lápidas,
los hombres ya no tienen historia.
Todo está como en el primero de los días,
subido hasta tus ojos
alcanzo a ver la semilla de todo lo que dura,
girando hacia la izquierda, una infancia de números
que aspiran con el tiempo a ser relojes y carátulas.

El llanto de las flores es el origen del rocío,
del llanto de las flores subió la lluvia al cielo.
Ven, deja que la nube y la roca te cuenten la leyenda
de los innumerables marineros blancos
con sus barbas de sal,
tú acuéstate conmigo entre la hierba
para vestir tu cuerpo con mi tacto.

Arranca un corazón —el secreto del mal— uno es bastante,
y ahora no te importe el tiempo
más que la eternidad de un pájaro.

Somos la religión del viento.

Escucha, unidos en la caricia íntegra,
tú y yo, el árbol y la estrella,
y un cuaderno de mar, donde sumar al agua
la resta de los barcos.

FÉNIX DE LA SEMANA

SE ABRE EL domingo como rosa de oro:
la paz de la semana.
El sol nació verso de luz
sobre los campos,
la espada tierna de la hierba
decapita las estrellas de aljófara
de la madrugada.

Ni puños de almidón,
ni el afeitado rostro en el espejo,
hoy me puedo aflojar
el nudo corredizo
de la mortal corbata;
hojear un libro,
beber una cerveza,
escribir un poema,
andar descalzo,
hacer todo lo bueno

que nos negó la vida
entre lunes y sábado.

Oír la risa de los niños
como debiera oírse,
con el alma hecha orejas;
escuchar con paciencia
las charlas de mujer
y el corazón-pañuelo dispuesto
para secar un niágara
de lágrimas de abeja.

No cargar como un fardo
el quincenal camello de tristeza:
lunes de sueño,
martes de silencio,
miércoles meritorio de ceniza,
jueves de sangre,
viernes de veneno,
y el sábado de gloria que anticipa
el oasis de calma,
el luminoso amor de un día completo.

Fénix de la semana,
flor circular
que corto cada lunes
para llevar prendida la esperanza
de un trabajo gustoso,
como botón de rosa
en la solapa.

POEMA DEL AMOR LIBRE

a Milena

I

ALGÚN DÍA, cuando sienta la playa de tu cuerpo
la urgencia primitiva de la ola,
cuando desnudes en la noche
la copa izquierda de tu tibio seno,
cuando pongas la huella de tu danza
sobre el friso de polvo del desierto,
cuando quede en tus labios el recuerdo
de ese látigo cárdeno de un beso,
cuando vistas la falda proletaria,
para dejarla luego
tendida entre los árboles,
hinchada de resinas
por el pulmón del viento.

Cuando dejes a la puerta del bosque tu último recelo...

Iremos juntos, cogidos de la mano
con el planeta a cuestas,
a interrogar al cielo.

II

Ven, vamos a llevarle una guirnalda
de cerezos negros
al dios del amor libre,
en un pichón abierto
la cruz de nuestra sangre

]196[

y ese párpado ciego de las flores
pisadas por el cuerpo.
Ven, vamos a bebernos
el aire ronco de los desfiladeros
donde el macho cabrío
frota el fósforo blanco del cuerno contra el cuerno.

III

Es la hora nupcial de los insectos
—el río va cargado con el esperma nuevo—
Ven, deja en la arena el caracol del tiempo
y húdeme tu cabeza aquí en el pecho,
busca la rosa azul de las arterias
y el sol de azufre del deseo.

Ven, descázate las venas
y camina en silencio
por la acequia de sangre de mis venas;
anúdame la voz con tus cabellos,
que se me quede la palabra trunca
en la ajorca de sombra de tu pelo.
Ven, hay una estrella curva,
hay una estatua mutilada
en los mares sin fondo del espejo.

Algún día, cuando sienta la playa de tu cuerpo
la urgencia de la ola,
iré en la lengua blanca de la espuma
a traerte al poema.

]197[

ELEGÍA DE PRIMAVERA

a Francisco Zertuche, recién nacido
para la muerte el 3 de mayo de 1956

¿EN DÓNDE está tu sur
raíz de mediodía?
¿En qué oscuro antro
se mueve tu cabeza cortada
como flor de ceniza?,
como violeta del siglo XII
despedazada de muertes primitivas.

Estás viajando ahora
por una altiplanicie
donde las piedras arden
como huesos de estrella.

Acostumbrado a tu bronce pulido por el clima
no puedo hacerme el ánimo de verte repartido
en la aurora crujiente,
en la pálida estrella del salitre;
no puedo acostumbrarme
a verte roto en el cabello lacio
y disecado en pétalos de harina.
Me duele tu sequía
donde agoniza el polvo
y el algodón mordido en las orillas.

No es justo que se pudra
el girasol de tu poema,
o que se parta la manzana de aroma,
o el pan de las montañas,

o las merluzas de tu océano
lleno de alimentos celestes,
o la casa deshabitada de tu risa.

Lo saben ya los termes y la hormiga
porque estrellaste tu vida contra el piso,
te dolían las sandalias del viento
y llevabas ceñida tu corona de emperador antiguo;
no te dejó el sol pasar el puente
por no romper el círculo del día,
por no quebrar el arco de la prisa,
por miedo a que cortaras amarras en los ríos
y te fueras creciendo
en germinado estrecho de semillas.

Hay una cruz al nivel de la angustia del mercurio,
sus brazos son carreteras de lágrimas
o cauce de alas detenidas,
y cuelga de sus dedos un racimo de anillos
y yo te canto a ti y lloro tus palabras.

Tu cuerpo está a la vista
de garzas y tucanes
recorrido de agua,
es un límite o una isla
donde se reposan el cántaro y la luna,
y se moja el centeno del hambre
y el ramo degollado
y el corazón de lumbre
en los martirizados hombros de la espina.

Yo se que andas buscando el pez romano

en las monedas de verdes capitanes:
y se oye el galope
y el arcabuz de oro,
y el rayo de la acacia
en tu cintura ecuatorial de arcilla;
y sangras por la ola del pie fosforescente
y por la estatua ecuestre de avellanas,
y te comen los labios cangrejos de injusticia
y es como una ciudad que se fuera poblando
de almohadas de distancia.

No te detenga el muro de pupilas
ni la ventana abierta de tu casa,
ni el poeta querido,
ni la cárcel de las dulzuras de mujer, ni nada.
Porque tú vas al cáliz y a la esponja.
A la crucifixión. Vas a la inquisición
de las caricias todas de tus manos.

CUERPO RITUAL

LABERINTO 14 el de tu cuerpo,
casa del Dios Murciélago;
se fue creando el fuego
sobre tu cuerpo azul de profecías:
templo de duras hachas
donde oficia la chispa del sonido,
altar de las montañas
para el cuervo del día.

Con los ojos cerrados
los jóvenes jugaban

a cubrirse los muslos de ceniza;
la primitiva lucha de la sangre,
la nacida palabra de la espuma,
el arte de la magia,
la quijada rompiéndose en el tiempo
y el sexo de las rosas encendidas.

Amor, dame tu pelo en brisa,
la serpiente de lumbre temblorosa
ahogada en valles de oro
y en plazas como ruinas circulares;
caracoles y conchas de silencio,
luces de agosto, calderas de la nieve,
libertad de quemante geometría,
tacto de piel y senos de violencia,
corazones de barro adolescente,
desnudeces de labios y de arcilla
y anillos de agua presa en la cintura
girando en un latido
sobre los candelabros de la tierra.

Reluciente temblor de agua escondida
en los filtros de luz de tu estatura,
tierra de inagotable pedrería;
boca color del tiempo venidero,
encíclica del salto repentino,
campana que convoca al sacrificio
de arboledas quemándose en el viento
como penachos de águilas caudales
o lascas de amapolas o de besos;
astro o pluma de sol,
o pústula de bronce en movimiento.